



# La cultura y sus efectos sobre la psicología del mexicano

Rolando Díaz-Loving  
Alejandra del Carmen  
Domínguez Espinosa  
(Coordinadores)

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

La cultura y sus efectos sobre la psicología  
del mexicano

Rolando Díaz-Loving y  
Alejandra del Carmen Domínguez Espinosa  
(Coordinadores)

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA CIUDAD DE MÉXICO  
BIBLIOTECA FRANCISCO XAVIER CLAVIGERO

---

[LC] BF 575 C95.2019

[Dewey] 155.232 C95.2019

*La cultura y sus efectos sobre la psicología del mexicano* / Rolando Díaz-Loving y Alejandra del Carmen Domínguez Espinosa (Coordinadores). – México: Universidad Iberoamericana Ciudad de México, 2019 – 232 pp. – 17 x 23 cm. – ISBN: 978-607-417-589-9

1. Asertividad (Psicología). 2. Comunicación interpersonal. 3. Resiliencia (Rasgos de personalidad). 4. Autoestima. I. Díaz-Loving, Rolando. II. Domínguez Espinosa, Alejandra del Carmen. III. Universidad Iberoamericana Ciudad de México. Departamento de Psicología.

---

D.R. © 2019 Universidad Iberoamericana, A.C.  
Prol. Paseo de la Reforma 880  
Col. Lomas de Santa Fe  
Ciudad de México  
01219  
publica@ibero.mx

Primera edición: 2019  
ISBN: 978-607-417-589-9

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización del editor. El infractor se hará acreedor a las sanciones establecidas en las leyes sobre la materia. Si desea reproducir contenido de la presente obra, escriba a: publica@ibero.mx

Impreso y hecho en México.

## Índice

<i>Prólogo</i> .....	9
1. La filosofía de vida: una década después .....	15
<i>L. Isabel Reyes-Lagunes, Maricela Méndez y Eduardo Velasco</i>	
2. Prácticas parentales en México .....	25
<i>Patricia Andrade Palos</i>	
3. La deseabilidad social del mexicano: reflexión crítica del concepto .....	47
<i>Alejandra del Carmen Domínguez Espinosa y Fons J. R. van de Vijver</i>	
4. Asertividad y cultura .....	83
<i>Mirta Margarita Flores Galaz y Rolando Díaz-Loving</i>	
5. Resiliencia: a una década de investigación en México .....	107
<i>Norma Ivonne González Arratia López Fuentes y José Luis Valdez Medina</i>	
6. Variables psicosociales en la frontera norte: una revisión desde la etnopsicología mexicana .....	135
<i>Alicia Moreno Cedillos</i>	
7. Los matices del amor en la cultura mexicana .....	161
<i>Rozzana Sánchez Aragón</i>	

8. Género, socialización y cultura: ejes críticos en nuestras identidades .....	185
<i>Tania Esmeralda Rocha Sánchez</i>	
Sobre los autores .....	223

## 5

# Resiliencia: a una década de investigación en México

*Norma Ivonne González Arratia López Fuentes  
y José Luis Valdez Medina*

El presente capítulo tiene por objetivo dar una panorámica del estudio de la *resiliencia* a poco más de una década de investigación en México. Es bien sabido que existen diversas problemáticas que a todos los individuos nos aquejan y nos preocupan. En el caso de América Latina, una característica común ha sido el entorno inestable: constantes crisis económicas y sociales, desplazamientos forzados, presencia de guerrilla, desempleo, enfermedades, separaciones, pérdida de un ser querido, delincuencia e incluso cambio climático, sismos y huracanes.

Ante este panorama, las reacciones parecen ser evidentes: los individuos están deprimidos, estresados o ansiosos, por tanto nuestras explicaciones se centran en decir que las personas enfrentan a diario numerosos problemas y los psicólogos intentamos contribuir a su resolución.

Sin embargo, resulta muy importante pensar en el modo en que experimentamos los eventos vitales y las emociones concomitantes. Se sabe que si bien no todos los eventos que se viven son placenteros, ya que algunos resultan extremadamente negativos y dolorosos, al parecer sólo quedan dos opciones: una, seguir viviendo con un mal recuerdo, o bien transformar nuestros pensamientos, sentimientos, acciones y conducta volviéndolos más positivos. Éstas son algunas de las situaciones por las que los individuos se ven obligados a replantearse nuevas pautas de vida, lo cual representa un reto

importante que lleva a la adopción de diversas estrategias para superar las crisis, y si de aprender a desenvolverse en medio de la inestabilidad se trata, nada mejor que ser resiliente.

Los seres humanos tenemos la imperiosa necesidad de explicar todas las cosas importantes que nos pasan. Cada uno percibe de forma diferente la adversidad y nuestra percepción particular moldea nuestra respuesta. Aunque las desgracias tienen en común que causan miedo y amenazan nuestro equilibrio físico y emocional, su impacto varía según nuestra personalidad, las circunstancias y los valores culturales y sociales de la comunidad en la que vivimos. El significado o interpretación que le damos a la adversidad puede fortalecer o debilitar nuestra capacidad para superarla y también influye en las posibles enseñanzas que extraigamos de la experiencia. Hay personas que conciben las calamidades que les afligen como retos que tienen que afrontar con toda su fuerza y superar como sea. Otros, por el contrario, ven los infortunios como agresiones personales, ataques de enemigos malignos, aunque se trate de un desastre natural o de una enfermedad, contra los que la única opción es la lucha sin cuartel. Estas víctimas se mueven por sentimientos de indignación, rabia y promesas de ajuste de cuentas, es decir, con ansias de venganza. Hay personas que conciben las desgracias como castigos de Dios o de la naturaleza, algunos incluso juzgan el castigo como merecido y responden con sentimientos de culpa y autorreproche. A la hora de explicar las situaciones estresantes, quienes piensan que se trata de desventuras pasajeras de las que se recuperarán tienen más posibilidades de superarlas. Otro tanto sucede con las personas que encuentran algún aspecto positivo en las circunstancias adversas que los afligen e incluso sienten que les han servido de aprendizaje.

De ahí que sea necesario darnos cuenta de la importancia que tiene el estudio de la resiliencia, la cual ha existido siempre, pero sólo en años recientes se ha esquematizado y sistematizado, recibiendo la atención que merece. A continuación se presenta nuestra trayectoria y evolución a una década de investigación de la resiliencia en México.

## *Hacia el concepto de resiliencia*

El estudio de la resiliencia se ha expandido rápidamente y la han estudiado investigadores de diversas disciplinas: psicología, psiquiatría, sociología y recientemente biología, que incluye genética, endocrinología y neurociencias (Herrman, Stewart, Díaz-Granados, Berger, Jackson y Yuen, 2011).

De reciente aparición en las ciencias sociales, ha cobrado popularidad. Sin embargo, al interés creciente lo ha acompañado una falta de consistencia. El concepto de resiliencia se ha desarrollado con muchas dificultades y a la fecha no existe un consenso en cuanto a su definición. Para iniciar, es importante precisar que el término resiliencia es una castellanización de la palabra inglesa *resilience* o *resiliency*. Su origen se halla en la física, puntualmente en la ingeniería, donde se entiende como la cualidad de los materiales que es contraria a la fragilidad y caracteriza su resistencia a los choques. A mayor resistencia, menor fragilidad (Enciclopedia Universal Española, 2000).

En física, resistencia es la acción de un cuerpo contra una fuerza opuesta. Viene del verbo *resilio*, que significa saltar hacia atrás, rebotar, repercutir. En psicología, es la reacción de un organismo a la estimulación, en que la dirección del movimiento o actividad es opuesta a la dirección de la fuerza aplicada.

Entre las primeras investigaciones en donde se utilizó el término resiliencia podemos citar a Scoville, quien se refirió en 1942 al hecho de que situaciones peligrosas para la vida no afectaban a los niños, mientras que sí lo hacía el desarraigo de la familia. Sin embargo, no fue hasta la década de los setenta cuando el término adquirió mayor uso; los investigadores no utilizaban la palabra resiliencia, sino que se referían a esta cualidad describiendo a dichos niños como invulnerables.

El concepto de invulnerabilidad pronto perdió vigencia, como lo explica Rutter (1993). La invulnerabilidad implica una resistencia absoluta al daño, sugiere que la característica se aplica a todas las circunstancias de riesgo, implica una característica intrínseca del sujeto y sugiere una característica estable en el tiempo. Así, se prefirió el concepto de resiliencia.

Una investigación pionera fue la de Werner y Smith (1992), quienes realizaron un estudio epidemiológico en Hawái, donde hicieron un seguimiento durante 32 años a un grupo de personas sometidas a condiciones de

extrema pobreza. A pesar de ello observaron que muchos niños lograron sobreponerse y construirse como personas saludables. A partir de estos hallazgos se desplegaron nuevas investigaciones abocadas a determinar los factores que inciden en el enfrentamiento exitoso al estrés.

Es así que a Werner se le considera como una de las precursoras de la investigación y se le ubica dentro de la primera generación de investigadores de la resiliencia, que buscaban identificar los factores de riesgo y los factores protectores que habían posibilitado la adaptación de los niños. Sus investigaciones iniciales establecieron la búsqueda en torno a un modelo triádico, donde se estudian tres grupos de factores: los atributos personales, los aspectos relativos a la familia y las características de contexto donde están inmersas las personas. De esta manera se descubrió que la ecuación compensaba los déficits iniciales.

Según Kalawski y Haz (2003), el término resiliencia puede denotar dos cosas distintas a la vez: 1) la relación entre los factores de riesgo y la salud subsiguiente y 2) las variables que moderan el efecto de los factores de riesgo, con lo cual se hablaría de las dimensiones de la resiliencia (autoestima, redes sociales, etc.). Aquí es necesario precisar que nosotros consideramos la segunda acepción del concepto.

El uso del concepto de resiliencia dentro del campo de la psicología es relativamente reciente, con un auge evidente en la última década, lo cual supone un primer problema: su definición e incluso la duda de su propia naturaleza. La pregunta central que nos hacemos es por qué algunos individuos se desarrollan sanos a pesar de la adversidad. Algunas posturas se refieren a la resiliencia como un rasgo de la personalidad, mientras que otras la conceptualizan como un proceso dinámico. En este último se involucra la interacción entre los factores de riesgo y protección (internos y externos) del individuo, los cuales se ponen en juego para modificar los efectos de los sucesos adversos de la vida. Si bien el estudio de la resiliencia se conecta con el estudio del riesgo, también se consideran los factores protectores a fin de entender el mecanismo de variación sobre los procesos causales (Kolar, 2011).

Desde esta aproximación, hay investigadores para los cuales la resiliencia implica la capacidad de recuperación y los factores de protección. También se ha señalado que es un mecanismo que contribuye a un buen resultado,

a pesar de experiencias con factores estresantes; es un proceso dinámico de adaptación positiva en el contexto de adversidad significativa e incluso es una característica que varía según el contexto, el tiempo, la edad, el género y el origen cultural, así como el sujeto individual.

En consecuencia, hay múltiples fuentes y vías para la resiliencia que a menudo interactúan, incluyendo atributos biológicos, psicológicos y de disposición y apoyo social, así como otros atributos de los sistemas sociales (familia, escuela, amigos y comunidad). A pesar de la falta de consenso, una definición operativa de la resiliencia —y que comparten la mayoría de las líneas de investigación— es la de ser una *prueba de la capacidad de recuperación*. Existen también aportaciones que refieren que la resiliencia es la capacidad para exhibir respuestas adaptativas ante condiciones de riesgo (Gaxiola y Frías, 2008), entendida como una disposición psicológica que indica la probabilidad de comportarse de manera adaptativa.

Ryle (1949) propuso el concepto de *variable disposicional* para indicar constructos psicológicos que no son acciones u ocurrencias sino capacidades o propensiones. Aunque las disposiciones no son eventos u ocurrencias tienen su manifestación empírica al establecer las condiciones para que se presenten, es decir, son variables del orden latente que pueden objetivarse con indicadores observados o reportados (Corral, 1997).

Desde esta perspectiva, para hablar de resiliencia deben existir riesgos, disposiciones de resiliencia y una medida de competencia (Gaxiola, Frías, Hurtado, Salcido y Figueroa, 2011). De este modo se constituye en una variable disposicional latente de protección de tipo individual que posibilita un conjunto de comportamientos y competencias adaptativas ante las situaciones de riesgo.

Ante las controversias en la definición de resiliencia, es necesario clarificar nuestra postura. Desde la mirada ecológica del modelo de Bronfenbrenner (1979), así como desde el modelo de Jessor (1993), la conceptualizamos como un proceso dinámico que involucra la interacción entre los procesos de riesgo y protección tanto internos como externos del individuo que se ponen en juego para modificar los efectos de los sucesos adversos de la vida, lo cual implica un conjunto de atributos intrapsíquicos, sociales y ambientales que posibilitan al individuo a interactuar en el medio y ajustarse a los cambios

y demandas de diferentes eventos de manera positiva. Se entiende así como resultado de la combinación o interacción entre los atributos del individuo (internos) y su ambiente familiar, social y cultural (externos), desde donde se posibilita la superación del riesgo y la adversidad de forma constructiva (González Arratia, 2011).

Las definiciones anteriores nos llevan también al supuesto de que no se puede hablar de resiliencia como si fuera un concepto único y absoluto. Por el contrario, se trata de un concepto amplio y complejo. Más allá de poner el énfasis en el lado positivo de la balanza (se abandona la perspectiva estigmatizadora), se abarca la experiencia del individuo en su totalidad. Sólo desde este ángulo, menciona Navarro (2003), se puede evaluar a cabalidad cuál ha sido el verdadero impacto de traumas, catástrofes o situaciones continuamente estresoras en el sujeto. A pesar de sus debilidades epistemológicas, la resiliencia nos da grandes posibilidades de análisis en las ciencias sociales. También es importante mencionar que el concepto de resiliencia se ha desarrollado desde dos países distintos y ha adoptado matices diferentes en cada uno. Así, el concepto que manejan los autores franceses relaciona la resiliencia con el de crecimiento postraumático, al entender la resiliencia como la capacidad no sólo de salir indemne de una experiencia sino de aprender de ella y mejorar. Sin embargo, el concepto de resiliencia de los norteamericanos es más restringido y hace referencia sólo al proceso de afrontamiento que ayuda a una persona a mantenerse intacta ante un suceso adverso, diferenciándolo del concepto de crecimiento postraumático. Así, desde la corriente norteamericana se sugiere que el término resiliencia se reserve para denotar el retorno homeostático del sujeto a su condición anterior (Carver, 1998; O'Leary, 1998).

Además de lo anterior, debemos tener en cuenta que la resiliencia nunca es absoluta, total, lograda para siempre. Es una capacidad que resulta de un proceso dinámico, evolutivo, en el que un trauma puede rebasar los recursos del sujeto. Varía según las circunstancias, la naturaleza del trauma, el contexto y la etapa de la vida y puede expresarse de modos muy diversos según la cultura.

La resiliencia hace referencia a la interacción dinámica entre factores; puede promoverse a lo largo del ciclo de la vida, no se trata de un atributo estrictamente personal, está vinculada con el desarrollo y crecimiento humano,

no constituye un estado definitivo y tiene que ver con los procesos de reconstrucción.

### *Desarrollo de la investigación*

Es indudable el desarrollo que ha habido en investigación sobre la resiliencia. La literatura al respecto pone de manifiesto que los estudios pioneros se han llevado a cabo en diversas muestras, en particular de niños, debido al gran número de adversidades en la infancia. Con el tiempo, su estudio se ha ampliado: hoy en día existen muchos reportes de investigación con muestras de diferentes edades que incluyen desde adolescentes hasta adultos mayores. Esto nos hace ver que el interés hacia su investigación ha crecido, pero al mismo tiempo se ha convertido en otra dificultad, ya que ahora existen diferencias en la manera de abordar, medir e interpretar el constructo.

Entre las múltiples dificultades de adaptación que se reportan incluyen: crianza deficiente, pobreza, acontecimientos traumáticos, desastres naturales y violencia. Con el paso del tiempo se han estudiado otros tipos de adversidades en los que se pueden incluir eventos negativos de la vida, tales como incesto, maltrato, duelo por un familiar, múltiples conflictos familiares y escolares, enfermedades físicas graves, accidentes, estrés, drogadicción, alcoholismo, desplazamiento forzoso (González Arratia, 2007). Además, los investigadores se han centrado en la contribución de sistemas (familias, servicios, grupos y comunidades) para ayudar a las personas a hacer frente a la adversidad.

Esto ha llevado a organizar y plantear la existencia de un perfil de los individuos resilientes, quienes según la mayoría de los estudios se caracterizan por ser autoeficaces, autónomos, con iniciativa, capacidad de planeación, empatía y sentido del humor (Grotberg, 2006; González y Valdez, 2013). También se ha reportado que son personas que se ajustan a su entorno a pesar de existir elementos de riesgo en su contexto; dicho ajuste se infiere a partir de una medida de competencia, tales como un buen desempeño académico, altos niveles de autoestima, un adecuado funcionamiento psicosocial y la ausencia de conductas antisociales (Tiet, Huizinga y Byrnes, 2010).

Con los avances de investigación, ahora sabemos que la capacidad de resistencia no es sólo física o anímica para soportar cualquier calamidad, sino que incluye también las de índole social, así como las expectativas y esperanzas, la experiencia acumulada, la experiencia del entorno, la percepción, las tradiciones, la solidaridad y otros valores transmitidos por generaciones que conforman una parte muy importante de la cultura. La capacidad de resistencia debe verse entonces como un sustraendo social de la vulnerabilidad, lo que incidiría en una disminución del riesgo.

Existe una diversidad de factores que influyen en la resiliencia de los individuos y pueden agruparse en contextuales, los cuales se relacionan con aspectos sociales, familiares y escolares, o bien los individuales, donde influyen las características de la personalidad. La diversidad de resultados posibles requiere del análisis de los factores protectores o de riesgo asociados con los fenómenos (Cicchetti y Hinshaw, 2002). Sin embargo, la sola presencia en el contexto de los factores de riesgo no implica consecuencias negativas o positivas en la vida de las personas, sino que es la interacción de éstas con dichos factores las que pueden afectarlas de diversas maneras (Gaxiola *et al.*, 2008). A continuación estudiamos cada factor por separado a fin de facilitar su exposición.

### *Factores biológicos*

Respecto a las bases biológicas de la resiliencia se ha observado que una persistente elevación de CRH hipotalámica y extrahipotalámica contribuye a la carga alostática y se ha asociado al trastorno de estrés postraumático y al trastorno depresivo mayor. La restricción inicial de la respuesta de la CRH al estrés agudo puede estar asociada a la resiliencia (Monroy y Palacios, 2011).

Además, se puede decir que el perfil resiliente de una persona ante un estrés importante se asocia a un aumento en la función de la dehidroepiandrosterona (DHEA), el neuropéptido Y, la galanina, la testosterona, el receptor de 5-HT<sub>1A</sub> y el receptor de benzodiazepinas, así como a una disminución en la función del eje LHHA y del sistema del locus coeruleus-norepinefrina (Charvey, 2004). Existen mecanismos neuronales que se asocian a la resiliencia como la recompensa y la motivación (hedonismo, optimismo), que

se vinculan con la dopamina. Si se produce una disfunción en el circuito de recompensa se producirá anhedonia y desesperanza.

Los resultados de una reciente explosión de la investigación biológica refiere que los factores genéticos en la resistencia indican que el ambiente puede afectar el desarrollo de la estructura del cerebro y los sistemas neurológicos; así como los cambios físicos en el cerebro pueden agravar de forma considerable la vulnerabilidad a la psicopatología a futuro.

También debe considerarse que la capacidad de adaptación es parte de la fuerza biológica y de selección natural y evolución, y que es posible gracias a la gran plasticidad que tiene el cerebro humano. Todos los individuos estamos en un proceso de cambio permanente, por lo que la base fundamental de la adaptación es la flexibilidad, gracias a ella los seres humanos nos acostumbramos a las exigencias del cuerpo y a las imposiciones del medio que nos rodea.

A partir de lo anterior, es posible entender que la capacidad de adaptación de los seres humanos en situaciones trágicas es enorme, pero esta facilidad para adaptarse a los cambios es personal y esa adaptación permite aclimatarnos a los cambios.

La resiliencia, por lo tanto, surge de una compleja interacción de fuerzas en los distintos niveles, incorporando el patrimonio genético de la persona, las reacciones de genes y ambiente, el efecto de las experiencias positivas y negativas a lo largo de la vida, el impacto de los ajustes sociales (grupo) de una persona, y el entorno, es decir, la cultura. A partir de esto, los elementos que hacen más probable y viable una conducta resiliente, se pueden agrupar en dos grandes categorías: primero, aquellos elementos más estructurales del sujeto que tienen que ver con su personalidad y su biología, y en segundo lugar, aquellos elementos que se desarrollan al momento de interactuar con el medio externo y enfrentar la adversidad, en este caso nos referimos a los factores individuales que a continuación se mencionan.

### *Factores individuales*

Entre los hallazgos de investigadores pioneros como Suárez (1997), Wolin y Wolin (1993) y Manciaux (2003), coinciden en mencionar como factores

protectores internos los siguientes: asertividad, control de los impulsos y resolución de problemas; sociabilidad, capacidad de ser amigo, capacidad de entablar relaciones positivas, sentido del humor, control interno, autonomía, independencia, visión positiva del futuro personal, flexibilidad, capacidad para el aprendizaje y conexión con éste, competencia personal, autoestima y confianza en sí mismo, capacidad de relacionarse, iniciativa, creatividad y moralidad. También se han clasificado en cuatro características generales que son: 1) competencia social, 2) resolución de problemas, 3) autonomía, 4) sentido de propósito y futuro. Estas últimas engloban los atributos que se asocian con frecuencia a experiencias exitosas de la vida. De ahí que se les ha considerado como factores básicos para constituir el perfil del niño resiliente (Munist, Santos, Kotliarenco, Suárez-Ojeda, Infante y Grotbeg, 1998).

### *Factores sociales*

Entre los factores protectores externos a niveles microambientales que promueven la resiliencia, se encuentran el apoyo social (sobre todo de la familia), el apego seguro con la madre, la estabilidad familiar, la relación segura con un padre y la ausencia de sustancias. Además el apoyo social puede venir de compañeros positivos y maestros. A nivel macroambiental se incluye a la escuela, los servicios comunitarios, deportivos y artísticos como factores culturales que contribuyen a la resiliencia (Munist *et al.*, 1998). Los factores sociales de protección resultan útiles como medios de contención, sostén, tejido, estructura y dan la posibilidad de crecimiento y fortaleza en los individuos. La concepción de la persona como capaz de configurar su propio potencial es indispensable, sin embargo, las redes de apoyo social son necesarias debido a que contar con personas comprensivas y solidarias respecto a las cosas que nos atormentan es una comprobada estrategia protectora, pues ayuda a validarlas y legitimar sus efectos. Además, porque compartir con otros las circunstancias dolorosas o aterradoras que se han vivido, o se están viviendo, hace a los individuos más receptivos a las muestras tangibles de apoyo y solidaridad.

Por tanto, las redes sociales y de apoyo brindan no sólo la ayuda instrumental para resolver problemas, también intervienen otros recursos como la autoestima y el sentimiento de autoeficacia. Al parecer, su importancia no radica en el apoyo en sí mismo, sino en la percepción que la persona que lo recibe tiene de dicho apoyo, siendo, al parecer, la calidad de las relaciones lo que más contribuye a la resiliencia.

En este punto también es importante señalar el hecho de que no es lo mismo la exposición al riesgo que la capacidad para enfrentarlo, pues la simple adaptación implica un rol pasivo por parte del sujeto, que equivale a la resignación. Una adaptación activa, por el contrario, implica una respuesta que conlleva reestructuraciones internas de la persona y de los grupos, así como revalorizaciones de los riesgos. En tal sentido, la vulnerabilidad social resulta de la suma de varios factores: condición social de riesgo (p. ej. la pobreza) y exclusión, más la incapacidad de los sujetos para enfrentarlos, y la inhabilidad de adaptarse de manera activa a la situación, afectando en lo inmediato o en lo futuro su bienestar en un contexto cultural (Perona y Rocchi, 2001).

### *Aproximaciones teóricas de la resiliencia*

En el apartado anterior se puso de relieve la importancia de los factores tanto individuales como sociales para el desarrollo de la resiliencia. Ahora pasaremos a revisar brevemente aproximaciones teóricas de la resiliencia. Si bien no existe una teoría de la resiliencia, si podemos pensar que el estudio de la resiliencia está amparado por los razonamientos humanistas y fenomenológicos de los procesos del ser humano. Desde la postura de Hernández (2008), la podemos ubicar incluso desde la antigua sabiduría egipcia y las filosofías orientales, por ello se están facilitando síntesis integradoras entre las cosmovisiones orientales y occidentales. Por ejemplo, Marco Aurelio y Séneca consideran las adversidades del ser humano como entrenamientos para crear coraje. Para San Agustín, la virtud sabe usar el bien e incluso los males que el hombre arrastra. Santo Tomás enumeraba los nervios de la personalidad saludable: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. También los pensados-

res árabes (Maimónides, Rhazes) reconocen el aspecto positivo del manejo saludable de la adversidad. Como pensaba Locke; nadie sabe la fortaleza de su mente, ni la fuerza de su aplicación regular y constante, hasta que la ha probado. Y la famosa frase de Nietzsche: “lo que no me mata, me fortalece”.

Las personas resilientes suelen manejar las dificultades con más sencillez que los demás. Esperan reconstruir su vida truncada de una manera nueva que les funcione; la lucha para superar la adversidad les desarrolla una nueva fortaleza.

Quizás otra forma de entender la resiliencia sea desde la serendipia, que según Walpole surge de utilizar la sabiduría para convertir un acontecimiento inesperado, un accidente o un contratiempo, en buena suerte. Según este autor, para que exista serendipia debe haber tres elementos presentes: 1) que ocurra algo inesperado o accidental, 2) su percepción, su sentido común y su sabiduría y 3) un beneficio inesperado. De acuerdo con Siebert (2007), la serendipia es una habilidad de resistencia de nivel avanzado, la adversidad crea una nueva oportunidad para que su vida tome una dirección distinta y mejor de lo que hubiera esperado. Esto es, más que responder; mientras se lucha por adaptarse a un acontecimiento adverso, encuentra nuevas fuerzas y oportunidades inesperadas. De tal forma que la adaptación es la clave universal para sobrevivir.

La psicología humanística y la fenomenología existencialista sirven como andamiaje histórico para la psicología positiva (Ryff y Singer, 1998). Esto en el sentido de que en las investigaciones sobre resiliencia se demuestra la importancia de darle un sitio prominente al desarrollo humano, ya que la investigación sugiere que la naturaleza nos ha dotado de mecanismos protectores para desenvolvernos. Así, la idea del cambio positivo fruto del hombre enfrentado a la adversidad aparece ya en la psicología existencial en autores como Frankl (1991), Maslow (1991) y Rogers (1992).

En la década de 1960, Lazarus introdujo el concepto de *adaptación* para referirse a la capacidad de la persona para manejar con éxito las demandas y dificultades que se encuentran en cambio constante. Los estudios de Lazarus demostraron que la adaptación eficaz incluía esfuerzos mentales, emocionales y conductuales para ser capaz de manejar circunstancias que a primera vista podrían superar la habilidad de adaptación de una persona (Siebert, 2007).

Cuando la vida se ve truncada por decisiones o acciones de los otros, una pregunta que el individuo se hace es: “¿Quién es el responsable de lo que me está aconteciendo?” La posible respuesta nos lleva a pensar que en las aproximaciones de la resiliencia se encuentran los postulados de Rotter, quien desarrolló una teoría en la que describe el control interno y externo. Ambos tipos de creencia son válidos y permiten la realización completa de la potencialidad de cada uno. Las personas cuyo destino está bajo control de fuerzas externas actúan de modo que sus creencias se confirmen. Las personas convencidas de que pueden hacer algo para mejorar su vida, también actúan de manera que sus creencias se confirmen. La investigación muestra que las personas que mejor se adaptan a situaciones difíciles, saben que tienen cierto control sobre los acontecimientos y poseen control interno; mientras que las personas que se sienten desamparadas y víctimas, culpan a los demás, no creen que sus esfuerzos personales puedan hacer que las cosas vayan a mejor.

En el campo de la salud mental, es habitual la presencia de ideas sobre la respuesta del ser humano ante la adversidad (Avia y Vázquez, 1998), ideas preconcebidas acerca de cómo reaccionamos ante determinadas situaciones, basadas en prejuicios. Frente a esta línea de pensamiento, en la literatura científica existen estudios que van en otra dirección. Uno de los más conocidos es la psicología positiva, donde se sitúa la resiliencia. A pesar de haber vivido una situación traumática, las personas siguen desenvolviéndose y viviendo, a menudo incluso en un nivel superior, como si el trauma vivido y asumido hubiera desarrollado recursos latentes e insospechados (Manciaux, 2003).

Aunque cada uno tiene un componente psicosocial, espiritual o cognitivo relacionado con el desarrollo humano, todos tienen en común el aspecto biológico de crecimiento y desarrollo (por ejemplo, la naturaleza de los seres humanos para hacer las cosas de manera correcta), el cual se manifiesta de una forma natural cuando están presentes ciertas propiedades ambientales.

Lo cierto es que estas aproximaciones aún parecen ser explicaciones parciales de la resiliencia, por lo que si de una teoría se trata sería importante plantearnos interrogantes tales como su aporte biológico, factores de personalidad y el ambiente. A nuestro modo de ver, es necesario integrarlos y continuar trabajando en el desarrollo teórico de la resiliencia, más allá del determinismo.

## *Medición de la resiliencia*

Otro punto importante a tratar en este capítulo es la medición de la resiliencia, la cual ha resultado un concepto complejo debido a las variaciones en su definición. Una de las formas de obtener indicadores de resiliencia ha sido estudiando la adversidad, otros estudios son de tipo retrospectivo, en los que se solicitan autoinformes a los individuos sobre sucesos adversos, otras medidas son a partir del uso de puntos de corte o desviaciones estándar en psicopatología y más recientemente se han desarrollado escalas tradicionales entre las que destaca la escala de Connor y Davidson (2003), la cual contempla entre sus dimensiones la confianza en sí mismo, la competencia personal, las relaciones seguras y la aceptación del cambio, el control y la influencia espiritual. Esta escala es la más usada y reconocida a nivel internacional; se ha aplicado en diferentes países y se ha traducido en diferentes idiomas, como en el caso de Japón (Nishi, Uehara, Yoshikawa, Sato, Ito y Matsuoka, 2013).

Otra escala es la de Jew, Green y Kroger (1999), compuesta por cuatro factores que son optimismo, orientación futura, creer en otros e independencia y riesgo. También se utiliza mucho la escala de resiliencia desarrollada por Hurtes y Allen (2001), la cual se divide en siete dimensiones que son: *insight*, independencia, creatividad, humor, iniciativa, relaciones, valores y orientación.

Asimismo, en la literatura se encuentran otras pruebas que en su mayoría son autorreportes, tipo Likert, estandarizados mediante pruebas de análisis factorial que de manera rápida y por medio de una teoría explicativa ofrecen información sobre el fenómeno observado, entre las cuales se pueden mencionar: *My Child's Friendships Scale* (Doll, Murphy y Song, 2003), Escala de Resiliencia (Wagnild y Youngen, 1993), *The Individual Protective Factors Index* (Sprinter y Philips, 1995), *Ego Resiliency Scale* (Block y Kremen, 1996), *The Healthy Kids Resilience Assessment* (Constantine, Bernard y Díaz, 1999), *The Brief Resilient Coping Scale* (Sicclair y Wallston, 2004) *The Resilience Assessment of Exceptional Students* (Perry y Bard, 2001).

Al respecto, nuestra experiencia en la medición de la resiliencia nos ha llevado a la construcción de una escala de resiliencia dirigida a niños y adolescentes (González Arratia, 2011). En cuanto a las propiedades psicométricas

del cuestionario de resiliencia la confiabilidad a través del Alpha de Cronbach oscila entre 0.90 y 0.94. Con el uso de esta prueba se han obtenido correlaciones estadísticamente significativas con diferentes variables tales como autoestima, locus de control, estilos de enfrentamiento a los problemas, personalidad resistente, felicidad, optimismo, fortalezas personales, sentido de coherencia, personalidad desde el modelo de los cinco grandes, religiosidad-espiritualidad, entre otras (González Arratia, 2011). Hemos avanzado respecto a sus propiedades psicométricas y a través de un análisis factorial, los diferentes índices confirman que hay una estructura tridimensional de resiliencia; también se cuenta con reportes respecto a validez convergente. La evidencia empírica nos indica que esta escala es útil en la medición de la resiliencia infantil y juvenil en México (González Arratia y Valdez, 2012).

Por otro lado, también es necesario mencionar que existen otras formas de acercarnos al constructo resiliencia; múltiples reportes en la literatura refieren estudios con orientación cualitativa. Esta manera de aproximarnos a la resiliencia resulta igualmente útil para la comprensión de las experiencias de los individuos ante una situación de crisis, así como para generar hipótesis respecto al fenómeno que nos interesa. Sin embargo, su generalización a otros grupos suele ser limitada.

Otras consideraciones metodológicas que han hecho compleja la medición de la resiliencia son las interrelaciones de los factores identificados y sus efectos, que dependen del contexto, la adversidad o el tiempo. Otra dificultad en el estudio de la resiliencia ha sido que los estudios transversales no pueden identificar *causalidad*, por lo que notamos desde ahora que la principal dificultad, o mejor dicho, el gran desafío que presenta la investigación en resiliencia reside en que no basta con la simple descripción de hechos, sino que nos debe interesar la conexión de hechos entre sí.

Un indicador de resiliencia es cuando la persona no sólo vuelve a un nivel previo a la situación de crisis, sino que alcanza un mayor nivel de funcionamiento con la adquisición de nuevas habilidades, confianza en sí mismo y mejores relaciones sociales. Se trata de una construcción con múltiples dimensiones, incluyendo un mayor aprecio por la vida, la búsqueda de nuevas oportunidades e incluso se menciona un desarrollo espiritual.

Todo esto nos lleva a que la alternativa de su análisis sea por medio de estudios longitudinales.

También es importante advertir que es necesaria la investigación científica rigurosa a fin de aportar evidencias que comprueben el conocimiento sobre la resiliencia, lo cual significa continuar avanzando en la demostración, la argumentación, las causas, las pruebas y la verificación para dar respuestas consistentes.

### *Resiliencia en México*

Los enfoques culturales que estudian el comportamiento se basan en la idea de que lo que somos, pensamos, sentimos y la manera como actuamos está influido por la cultura en la que vivimos, por lo que surge la pregunta acerca de si la resiliencia puede verse influida por factores culturales.

Recientemente, la investigación sobre la capacidad de recuperación ha evolucionado para incluir el papel de la cultura y los diferentes grupos étnicos, ya que la cultura puede jugar un papel importante y ser un recurso para la capacidad de recuperación en el individuo (Fleming y Ledogar, 2008). Así, partiendo de la consideración de que cada individuo está inmerso en un marco ecológico, esto nos ayudará a comprender mucho mejor la influencia del ambiente y la cultura sobre la resiliencia.

Al respecto, la relación entre cultura y resiliencia es claramente compleja debido a que la cultura es un elemento clave en la capacidad de los individuos para elaborar un sentido que le permita entender los sucesos adversos a los que debe enfrentarse (Ehrensaft y Tousignant, en Manciaux, 2003). Esto ha hecho que hoy en día exista la tendencia de comprender la resiliencia como un concepto ecosistémico, ya que es indispensable considerar el significado colectivo atribuido por una comunidad cultural a los sucesos traumáticos. En este sentido, Kirmayer (1996) propone que el discurso de una cultura sobre sus traumas determina la forma de psicopatología que se manifiesta, así como la capacidad para desarrollar resiliencia.

En esencia, el campo actual de esta área representa el reconocimiento de la especificidad cultural sobre la conducta humana, y de que pueden dar por

resultado visiones del mundo diferentes en los miembros de diversas culturas (Adler y Gielen, 1994; Berry, Poortinga, Segall y Dasen, 1992).

Los trabajos más importantes sobre la influencia de la cultura en el comportamiento en los individuos son precisamente los de Díaz-Guerrero (1997). Si bien su investigación no gira en torno a la resiliencia, sí analiza a profundidad la importancia que tiene la manera de enfrentar los problemas, en particular de los mexicanos; y de alguna forma, el estilo de enfrentamiento se relaciona con la resiliencia (González Arratia, 2011). De este modo, refiere que distintas culturas inspiran, fomentan y destacan distintas maneras de encarar los problemas (Díaz-Guerrero, 1997). Así, en la cultura mexicana el estilo de confrontación de dificultades tiende a ser automodificativo o pasivo; es decir, cuando se presentan problemas que se tienen que resolver el mexicano tiende a automodificarse a sí mismo para solucionarlos. Para el mexicano, la aceptación y aun la resignación ante los problemas no es sólo la mejor manera, sino la más virtuosa. La abnegación de la madre, la obediencia de los hijos, el propio sacrificio en todos, la sumisión, la dependencia, las buenas maneras, el aguante, etc., pueden considerarse formas aprobadas socialmente para enfrentarse a los problemas de la vida. Los mexicanos se adaptan a las tensiones del medio en lugar de tratar de modificarlas, es decir, de manera pasivo-afiliativa. Este estilo de confrontación es básicamente una función de la cultura en la que nacimos, de las personalidades de los transmisores de esta cultura y de los métodos que hayan utilizado en nuestra socialización, por lo que es fundamental comprender el desarrollo humano desde los sistemas sociales.

La investigación en resiliencia nos permite considerar que la cultura determina también el concepto de resiliencia en sí, dado que toda cultura tiene una forma especial de expresar y tratar las metáforas de la angustia (Mancieux, 2003). Además, es un elemento clave en la capacidad de los individuos para elaborar un sentido que le permita entender los sucesos adversos a los que debe enfrentarse, y sobre todo para construir su camino con los recursos de protección que su ecología social le proporciona y la capacidad para negociar con su familia y su comunidad maneras culturalmente significativas.

Es este sentido, se puede decir que la investigación de la resiliencia ha avanzado al incluir el papel que desempeña la cultura entre los diferentes

grupos étnicos, ya que la cultura puede ser un recurso para la capacidad de recuperación de los individuos (Fleming y Ledogar, 2008, p. 10). La evidencia indica que hay una estrecha relación entre aculturación y resiliencia (Stumblingbear-Riddle y Romas, 2012; Wexler, 2014).

La investigación sobre la forma en que los individuos superan la adversidad es amplia y se ha realizado en múltiples países. Un ejemplo de ello es el de Choowattanapakorn (*et al.*, 2010), con muestras de adultos de Suecia y Tailandia, en el cual reportan un nivel moderado de resiliencia en suecos, mientras que los adultos de Tailandia muestran un nivel moderadamente alto de resiliencia. Siguiendo con la misma autora, estas diferencias las atribuye a las condiciones de vida que hay entre ambos países y explica que la puntuación relativamente alta de la resiliencia en la muestra sueca se debe a que al parecer en ese país los individuos son más independientes, no se consideran una carga para los demás y buscan la soledad, lo cual constituye metas deseables para esta cultura. En contraste, en Tailandia, la autosuficiencia y la independencia no son tan significativas en general; en cambio, los valores y la importancia de la familia extensa es lo que más se relaciona con la resiliencia.

Otra evidencia de investigación es la realizada por Theron y Theron (2010) en el sur de África, donde se identificó que los valores, las prácticas, las creencias religiosas y la familia son factores que permiten superar la adversidad. Por su parte, Shengtao (*et al.*, 2011) explica que la experiencia de estrés, riesgo y adversidad puede ser diferente en cada cultura y por ende los indicadores de resiliencia pueden diferir entre las culturas. Así, refiere que las culturas colectivistas pueden tener mayor resiliencia, lo cual es una característica significativa de la cultura china.

En otra investigación se encontró que el primer factor de resistencia en adultos mayores chinos es la competencia cognitiva, el yo, la personalidad y las relaciones sociales. Los resultados indican que hacer frente a la adversidad y tener capacidad de recuperación se asocian con la familia (Lou y Jimmy, 2012).

Otro de los estudios que analizan la relación entre resiliencia y cultura es Ungar (2011, 2013), quien explica que el ambiente puede ser un factor protector para la resiliencia y entenderse mediante tres principios: 1) la resiliencia no es tanto un constructo individual, ya que es una calidad del ambiente

y su capacidad para facilitar el crecimiento, 2) la capacidad de recuperación se ve en el individuo y en el grupo, con los mecanismos que predicen un crecimiento positivo sensible al individuo, contextual, y la variación cultural (impacto diferencial); y 3) el impacto de un solo factor en la capacidad de recuperación difiere en la cantidad de exposición al riesgo, con los mecanismos que protegen contra el impacto del trauma que muestran especificidad contextual y cultural para las personas particulares (variación cultural). Esto debido a que se demostró que los factores culturales y contextuales ejercen una gran influencia sobre los factores que afectan a la capacidad de recuperación entre una población de adolescentes en riesgo.

Estos resultados nos dan la pauta para considerar que existen diferentes factores propios de cada cultura para el desarrollo de la resiliencia, sin embargo, se requiere continuar indagando a fin de dilucidar este dilema entre resiliencia y cultura.

En principio, en estudios futuros sobre resiliencia parece pertinente incluir evidencia transcultural con el objetivo de reconocer la capacidad de adaptación en diferentes contextos culturales, ya que las nociones acerca de cómo los individuos se adaptan, se ajustan y se sobrepone a la adversidad que ha surgido de la psicología en los últimos años requieren abordarse de manera sistemática.

### *Conclusión*

En este capítulo se llevó a cabo un recorrido a través de una década de investigación en México sobre la resiliencia. Uno de los aspectos más controvertidos a destacar es precisamente el concepto, el cual podemos considerar que aún está en revisión y continúa en desarrollo. Esto implica llevar a cabo un análisis de manera sistemática con el fin de ampliar nuestro conocimiento al respecto. Lo que ahora sabemos es que en la resiliencia suele haber una situación adversa intensa, así como una competencia manifiesta en relación con el problema.

La revisión teórica y nuestros hallazgos sugieren la existencia de componentes biológicos, psicológicos y sociales para su desarrollo, por lo que se

concluye que la resiliencia es una estructura multidimensional de naturaleza dinámica. Estos aspectos dejan ver lo complejo que resulta este constructo, así como la importancia de darle al desarrollo humano un lugar prominente para la explicación del comportamiento resiliente.

Nuestro conocimiento sobre las condiciones, los procesos y los resultados resilientes es aún insuficiente. Sin embargo, ya es posible identificar características de resiliencia en los mexicanos, así como factores de protección en relación con algunos daños. Al respecto podemos evidenciar que los individuos con alta resiliencia se caracterizan por poseer alta autoestima, optimismo, locus de control interno, por usar estrategias de enfrentamiento de tipo directo, tener sentido del humor y satisfacción con la vida, así como autorreportarse más felices (González Arratia y Valdez, 2013). El principal factor de protección lo constituye la familia, en especial en el caso de los niños y el grupo de pares en los adolescentes evaluados. Además, los resultados de la resiliencia se definen en términos de índices emocionales y conductuales.

Otro punto importante al analizar la interacción entre factores de riesgo, protección y resiliencia es el modelo ecológico de Bronfenbrenner, el cual nos provee las bases para su explicación. Esta mirada nos ha permitido visualizar que al margen de la adversidad presente existen mecanismos que logran proteger a los seres humanos, es decir, que ambos factores (riesgo y protección) actúan en una constante interacción recíproca. Por ello compartimos la idea con Becoña (2006) de que existe riesgo y protección e incluso la resiliencia sería uno de estos factores. Desde esta perspectiva, la resiliencia sería un *macrofactor* que explicaría el resultado adaptativo del individuo ante la vida. También es cierto que cuando se estudia la protección, una idea que subyace como meta es encontrar el conjunto de factores que permiten que el individuo sea resiliente.

Es importante reconocer que la investigación en resiliencia resulta limitada porque con frecuencia incluye un riesgo simple y un factor de protección simple, pero muchos individuos expuestos a múltiples riesgos pueden poseer múltiples cualidades y tener acceso a múltiples recursos (Fergus y Zimmerman, 2005). Por ello, cada vez se sugiere más que conocer adecuadamente el proceso de resiliencia implica incluir riesgos acumulativos, cualidades y

diversos recursos estudiados a lo largo del tiempo (Cicchetti, 2003; Fergus y Zimmerman, 2005; Yates *et al.*, 2003).

Quizá sea pertinente pensar que la investigación en resiliencia en futuros estudios debe explicar la definición conceptual y operacional de la variable a fin de no generar confusión y proveer de mayor entendimiento en los niveles de interacción micro y macro.

En términos generales, creemos que el uso del concepto resiliencia debe continuar hacia un desarrollo crítico, y esto se logrará sólo con investigación rigurosa.

## Referencias

- Adler, L. L. y Gielen, U. P. (1994). *Cross-Cultural topics in psychology*. Westport: Praeger.
- Avia, M. D. y Vázquez, C. (1999). *Optimismo inteligente*. Madrid: Alianza Editorial.
- Becoña, E. (2006). Resiliencia, definición, características y utilidad del concepto. *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, 11(3), 125-146.
- Berry, J. W., Poortinga y. H., Segal, M. H. y Dasen, P. R. (1992). *Cross-cultural psychology: research and applications*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Block, J. y Kremen, A. (1996). IQ and Ego-resiliency. Conceptual and empirical connections and separateness. *Journal of personality and Social Psychology*, 70(2), 349-361.
- Brofenbrenner, U. (1979). *The ecology of human development: experiments by nature and design*. Cambridge: Harvard University Press.
- Carver, C. S. (1998). Resilience and thriving: issues, models and linkages. *Journal of Social Issues*, 54(2), 245-266.
- Cicchetti, D. (2003). Foreword. En Luthar, S. S. (ed.), *Resilience and vulnerability. Adaptation in the context of childhood adversities*. Cambridge, RU: Cambridge University Press.
- Cicchetti, D. y Hinshaw, S.P. (2002). Editorial: prevention and intervention science: contributions to developmental theory. *Development and psychopathology*, 14, 667-671.
- Corral, V. V. (1997). *Disposiciones psicológicas, un análisis de las propensiones, capacidades y tendencias del comportamiento*. México: Unison.
- Constantine, N., Bernard, B. y Díaz, M. (1999). *Measuring protective factors and resilience traits in youth: the healthy kids resilience assessment*. Conferencia presentada en Seventh Annual Meeting of the Society for Prevention Research. Center for Research on Adolescent Health and Development.
- Connor, K.M. y Davidson, J. R. (2003). Development of a new resilience scale: The Connor Davidson Resilience scale (CD-RISC). *Depression and Anxiety*, 18, 76-82.

- Charvey, D. (2004). Psychobiological mechanisms of resilience and vulnerability. Implications for successful adaptation to extreme stress. *American Journal of Psychiatry*, 161, 195-216.
- Choowattanapakorn, T., Aléx, L., Lundman, B., Norberg, A. y Nygren, B. (2010). Resilience among women and men aged 60 years and over in Sweden and in Thailand. *Nursing and Health Sciences*, 12, 329-335. DOI: 10.1111/j.1442-2018.2010.00534.x.
- Díaz-Guerrero, R. (1997). *La psicología del mexicano 1. Descubrimiento de la etnopsicología*. México: Trillas.
- Doll, B., Murphy P., Song, S.Y. (2003). The relationship between children's self-reported recess problems and peer acceptance and friendships. *Journal of School Psychology*, K(2), 113-130.
- Frankl, V. (1991). *El hombre en busca de sentido*. Herder: Barcelona.
- Fergus, S. y Zimmerman, M.A. (2005). Adolescent resilience: A framework for understanding healthy development in the face of risk. *Annual Review of Public Health*, 26, 1-26.
- Fleming, J. y Ledogar, R. J. (2008). Resilience, an evolving concept: A review of literature relevant to aboriginal research. *Pimatisiwin: A Journal of Aboriginal y Indigenous Community Health*, 6(2), 7-23. Consultado en <http://www.pimatisiwin.com/online>.
- Gaxiola, R. J. y Frías, A. M. (2008). Un modelo ecológico de factores protectores del abuso infantil. Un estudio con madres mexicanas. *Medio Ambiente y Comportamiento Humano*, 9, 13-31.
- Gaxiola, R. J. C., Frías, A. M., Hurtado A. M. F., Salcido, N. L. C. y Figueroa, F. M. (2011). Validación del inventario de resiliencia (Ires) en una población del noroeste de México. *Enseñanza e Investigación en Psicología*, 16(1), 73-83.
- González-Arratia, L. F. N. I. (2007). *Factores determinantes de la resiliencia en niños de la ciudad de Toluca*. Tesis inédita de doctorado. México: Universidad Iberoamericana.
- (2011). *Resiliencia y personalidad. Cómo desarrollarse en tiempos de crisis*. México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- González Arratia, L.F.N.I. y Valdez, M. J. L. (2012). Análisis factorial confirmatorio del cuestionario de resiliencia en una muestra de niños.

- En Díaz-Loving, R., Rivera, A.S. y Reyes Lagunes, I. (eds.). *La Psicología Social en México, XIV*, Amepso, 676-681.
- (2013). Resiliencia y felicidad. El impacto de hechos vitales negativos y positivos en adolescentes. *Revista Pensando Psicología*, 9(16), 43-53.
- González-Arratia, L. F. N. I., Valdez, M. J. L. y Salazar de J. M. (2006). Medición de la resiliencia, construcción y validación de una escala para niños. *La Psicología Social en México, XI*, Amepso, 386-390.
- Grotberg, E. (2006). *La resiliencia en el mundo de hoy*. España: Gedisa.
- Hernández, R. L. (2008). Una revisión crítica de la psicología positiva: historia y concepto. *Revista Colombiana de Psicología*, 17, 161-176.
- Herrman, H. Stewart, D. E., Díaz-Granados, N., Berger, E. L, Jackson, B. y Yuen, T. (2011). What is resilience? *The Canadian Journal of Psychiatry*, 56(5), 258-265.
- Hurtes, K. P. y Allen, L. R. (2001). Measuring resiliency in youth: The resiliency attitudes and skills profile. *Therapeutic Recreation Journal*, 35(4), 333-348.
- Jessor, R. (1993). Successful adolescent development among youth in high-risk settings. *The American Psychologist Association*, 48(2) 117-126.
- Jew, L. C., Green, E. C. y Kroger, J. (1999). Development and validation of a measure of resiliency. *Measurement and Evaluation in Counseling and Development*, 32(2), 75-89.
- Kalawski, J. P. y Haz, A. M. (2003). Y... ¿dónde está la resiliencia? Una reflexión conceptual. *Revista Interamericana de Psicología*, 37(2), 365-372.
- Kirmayer, L. (1996). Landscape of memory. En Antze, P. y Lambek, M. (comps.) *Tense past cultural essays in trauma and memory*. Nueva York: Routledge.
- Kolar, K. (2011). Resilience: Revisiting the concept and its utility for social research. *International Journal of Mental Health*, 9, 421-433.
- Lazarus, R.S. y Folkman, S. (1991). *Estrés y procesos cognitivos*. México. Ediciones Roca.
- Lou, V.W.Q. y W.Ng. Jimmy (2012). Chinese older adults' resilience to the loneliness of living alone: A qualitative study. *Aging y Mental Health*, 16(8), 1039-1046. DOI: 10.1080/13607863.2012.692764.

- Maslow, A. (1991). *Motivación y personalidad*. Madrid: Díaz de Santos.
- Manciaux, M. (2003). *La Resiliencia: resistir y rehacerse*. Barcelona: Gedisa.
- Monroy, C., B. y Palacios, C.L. (2011). Resiliencia: ¿es posible medirla e influir en ella? *Salud mental*, 34 (3), 237-246.
- Munist, M., Santos, H., Kotliarenco, M. A., Suárez Ojeda, E. N., Infante, F. y Grotberg, E. (1998). *Manual de identificación y promoción de la resiliencia en niños y adolescentes*. Washington, D. C.: Fundación WK Kellog.
- Navarro, C. C. (2003). La resiliencia: algo más que un concepto fronterizo. Educación Social. *Revista de Intervención Socioeducativa*, 25, Escuelas Universitarias de Trabajo Social. 30-47.
- Nishi, D., Uehara, R. Yoshikawa, E., Sato, G., Ito, M. y Matsuoka Y. (2013). Culturally sensitive and universal measure of resilience for Japanese populations: Tachikawa Resilience Scale in comparison with Resilience Scale 14-item version. *Psychiatry and Clinical Neurosciences*, 67, 174-181. DOI: 10.1111/pcn.12028.
- O'Leary, V. E. (1998). Strength in the face of adversity: individual and social resilience. En Ickovics J. R. and Parks, C. (eds.). *Journal of Social Issues*, 5-1(2), 425-445.
- Perona, B. N. y Rocchi, G. I. (2001). Vulnerabilidad y exclusión social. Una propuesta metodológica para el estudio de las condiciones de vida de los hogares. *Kairos*, 8. Consultado en [http://www.quadernsdigitals.net/datos\\_web/hemeroteca/r\\_39/nr\\_408/a\\_5660/5660.htm](http://www.quadernsdigitals.net/datos_web/hemeroteca/r_39/nr_408/a_5660/5660.htm).
- Perry, J. D., Bard, E. M. (2001). *Construct validity of the resilience assessment of exceptional students (RAES)*. Trabajo presentado en la reunión anual de la Asociación Nacional de Psicólogos Escolares. Washington D. C.
- Rogers, C. (1992). *El proceso de convertirse en persona*. México: Paidós.
- Rotter, J. B. (1966). Generalized Expectancies for Internal versus external control of reinforcement. *Psychological Monographs*, 80, 609.
- Ryff, C. D. y Singer, B. (1998). The contours of positive human health. *Psychological Inquiry*, 9, 1-28.
- Rutter, M. (1993). Resilience: Some conceptual considerations. *Journal of Adolescent Health*, 14(8): 626-631.

- Ryle, G. (1949). *The concept of mind*. Nueva York: Barnes and Noble.
- Shengtao, W. M. Yan, X., Zhou Ch., Chen Y., Li, J., Zhu, Z., Shen, X. y Han, B. (2011). General Belief in a Just World and Resilience: Evidence from a Collectivistic Culture. *European Journal of Personality*, 25, 431-442. DOI: 10.1002/per.807.
- Scoville, M.C. (1942). Wartime tasks of psychiatric social workers in Great Britain. *American Journal of Psychiatry*, 99, 358-363.
- Siebert, A. (2007). *La resiliencia. Construir en la adversidad*. Barcelona: Alienta.
- Sinclair, V. y Wallston, K. (2004). The development and psychometric evaluation of the brief resilient coping scale. *Assessment*, 11(1), 94-101.
- Sprinter, J. F. y Philips, J. L. (1995). *Individual protective factors index: A measure of adolescent resiliency*. Folsom: EMT Associates.
- Suárez Ojeda, N. (1997). *Perfil del niño resiliente*. Trabajo presentado en el Seminario Internacional sobre Aplicación del Concepto de Resiliencia en Proyectos Sociales. Universidad Nacional de Lanús. Fundación Bernard van Leer.
- Stumblingbear-Riddle, G. y Romans, J. S. C. (2012). Resilience among urban American Indian adolescents: exploration into the role of culture, self-esteem, subjective well-being, and social support. *American Indian y Alaska Native mental Health Research: The Journal of the National Center*, 19(22), 1-19.
- Theron, L. C. y Theron, A. M. C. (2010). A critical review of studies of South African youth resilience, 1990-2008. *South African Journal of Science*, 106(7/8), 1-8. DOI: 10.4102/sajs.v106i7/8.252.
- Tiet, Q. Q., Huizinga, D. y Byrnes, H. F. (2010). Predictors of resilience among inner city youths. *Journal of Child and Family Studies*, 19(3), 360-378.
- Ungar, M. (2011). The social ecology of resilience: addressing contextual and cultural ambiguity of a nascent construct. *American Journal of Orthopsychiatry*, 81(1), 1- 17.
- Ungar, M. (2013). Resilience, trauma, context and culture. *Trauma Violence and Abuse*, 14(3), 255-266. DOI: 10.1177/1524838013487805.

- Wagnild, G. y Youngen, H. M. (1993). Development and psychometric evaluation of the resilience scale. *Journal of Nursing Measurement*, 1(2), 165-177.
- Werner, E. y Smith, R.S. (1982). *Vulnerable but invincible: A longitudinal study of resilient children and youth*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Wexler, L. (2014). Looking across three generations of Alaska Natives to explore how culture fosters indigenous resilience. *Transcultural Psychiatry*, 51(1), 73-92. DOI: 1177/136346153497417.
- Wolin, S. y Wolin, S. (1993). *The resilient self: how survivors of troubled families rise above adversity*. Nueva York: Villard Books.
- Yates, T. M., Egeland, B. y Sroufe, L. A. (2003). Rethinking resilience: A development process perspective. En S.S. Luthar (ed.), *Resilience and vulnerability. Adaptation in the context of childhood adversities* (pp. 243-266). Cambridge, RU: Cambridge University Press.

Los seres humanos han evolucionado para tener la posibilidad de compartir lenguaje, mitos, estructuras familiares, parentesco, abrigo, altruismo, hábitos alimenticios, ropa, religión, sistemas económicos, crianza, arte, tabúes, prácticas y más. Una pregunta crucial es: ¿de dónde vino toda esta riqueza conductual? Y la mejor respuesta es... de la cultura.

Esta obra, un conjunto de trabajos empíricos sustentados en teorización histórico-bio-psico-socio-cultural, refleja el usufructo de décadas de investigación etnopsicológica en México. Para la práctica profesional ética y eficaz de la psicología, resulta decisivo conocer a profundidad los fundamentos globales del fenómeno cultural y su manifestación local. Así, a lo largo de estas páginas se revelan la filosofía con la que vivimos, las prácticas parentales, la deseabilidad, la asertividad, la resiliencia, el amor y el género que delimita nuestro ecosistema. Su lectura es ineludible para estudiantes, profesionales e investigadores que quieran descubrir y sumergirse en los efectos de la cultura en el carácter del mexicano.

